

REPASANDO POLEMICAS: UNA LECTURA EPISTEMOLÓGICA SOBRE LA HISTORIA

(REVIEWING CONTROVERSIES: AN EPISTEMOLOGICAL READING ABOUT HISTORY)

BEATRIZ BRUCE*

"Necesitamos la historia, pero no por las mismas razones que el ocioso cultivador del jardín del conocimiento [...]; la necesitamos en beneficio de la vida y de la acción"
F. Nietzsche

RESUMEN

La dimensión histórica de todo el conocimiento social, y porque no decirlo, de las más importantes teorías naturales como son aquellas que refieren al origen del universo, a la evolución de los organismos vivos y a la vida de nuestro planeta, hace que la pregunta por el conocimiento histórico no sea una integración ornamental, sino esencial para la reflexión epistemológica. En el sentido de desmitificar algunas de las discusiones, pretendo repasar dicotomías de conceptos enfrentados en diferentes posiciones historiográficas, con el objetivo de analizar si los mismos representan, desde el punto de vista epistemológico, abismos infranqueables, rupturas insalvables o, por el contrario, pueden ser parte constitutivas de posiciones superadoras. Se tomará el problema del contenido, del método y del estilo, como ejes para organizar las querellas más fértiles que se han dado en el campo histórico.

ABSTRACT

The historical dimension of all the social knowledge, and why not to say it, of the most important natural sciences as are those that refer to the origin of the universe, to the evolution of living organisms and life in our planet, turns the question about the historical knowledge epistemological reflexion. To dismistify some discussions, I pretend to revise dichotomies of apposed concepts at different historiographic positions, so as to analyze if these dichotomies, from the epistemological point of view, insurmountable always, insuperable breakings, or on the other hand, they can be constitutive parts of surpassing positions. The content problem will be taken in to consideration, method an style, as axes to organize more fertile actions that have occurred in the historic field.

INTRODUCCIÓN

Que hacer historia es una práctica científica, nadie, en el campo de lo social, se atrevería a discutirlo después de casi dos siglos de fructífera tarea investigativa, de innumerables congresos de exposición e intercambio de hallazgos, de publicaciones especializadas que día a día se multiplican y de la cantidad y calidad de las instituciones que en su nombre prosperan.

* Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales – Universidad Nacional de Jujuy.

Nótese, sin embargo, que la afirmación atribuye la propiedad de científica a la actividad de descubrimiento, justificación y aplicación del conocimiento histórico, sin haber mencionado o adjudicado a la historia la condición de ser ciencia. Esta distinción viene al caso para tratar de eludir una problemática epistemológica de difícil solución y también de planteamiento, por lo menos en un desarrollo breve, cuál es la de sentar con claridad y precisión los límites de aquello que se denomina ciencia. Del criterio de demarcación que se utilice depende la inclusión o no de vastos e importantes campos teóricos en este conjunto "ciencia", variando en distintas posiciones epistemológicas, de manera evidente, opuesta y hasta inconmensurable, los elementos que se consideran perteneciendo al mismo. Como ejemplo podemos mencionar que para algunas escuelas epistemológicas la conformación de teorías es un punto esencial en la separación del conocimiento científico de la pseudociencia, cuestión que deja a la historia en una posición subordinada respecto a las restantes ciencias sociales(1).

Por prudencia prefiero, entonces, referirme a la actividad que realizan los investigadores como científica, ya que a este respecto la vigilancia epistemológica y la rigurosidad metodológica dan sobradas garantías de cumplir con las condiciones que una tarea de este tipo requiere. Si tomamos como condición indispensable para la cientificidad de la práctica, la reunión de datos por la observación sistemática y controlada y la organización de los mismos en síntesis explicativas, la tarea del historiador es tan factible como en cualquier otra ciencia empírica ordinaria. De allí la afirmación vertida de la indudable cientificidad del hacer del historiador.

Pero, quizás, decir que es indudable o que nadie pone en tela de juicio la seriedad de la búsqueda del conocimiento histórico, sea una exageración. Somos los legos en esa disciplina quienes la reivindicamos como práctica científica, encontrándonos que en el interior del campo histórico se suceden ataques, acusaciones cruzadas y poca piedad en los calificativos hacia aquellos que se diferencian por disímiles priorizaciones de los aspectos a estudiar o por la utilización de procedimientos considerados incompatibles.

Parece ser que entre amigos se puede ser más despiadado y cruel que con los enemigos. Esto puede resultar casi una consecuencia lógica debido al conocimiento más minucioso que tienen, los que practican en el mismo campo, tanto de la historia de la historia, como de las producciones específicas que representan los distintos momentos, escuelas o posiciones. A esto sumamos la posesión de las herramientas intelectuales que permiten ponderar ajustadamente las debilidades y fortalezas de las diferentes posturas.

Sin embargo, muchas veces, la insistencia en aspectos secundarios o el ponderar equivocadamente como principales aspectos que claramente son discusiones de procedimientos, no esenciales, desvirtúan la polémica. Este error es muy peligroso, sobre todo cuando, desde otros espacios, se pretende desterrar al conjunto de las ciencias sociales y a la historia de la consideración de saber científico. Hay que ser cuidadosos y no radicalizar como excluyentes disyunciones que pueden ser inclusivas, sin por eso caer en el eclecticismo.

En el sentido de desmitificar algunas de las discusiones, pretendo repasar dicotomías de conceptos enfrentados en diferentes posiciones historiográficas, con

el objetivo de analizar si los mismos representan, desde el punto de vista epistemológico, abismos infranqueables, rupturas insalvables o, por el contrario, pueden ser partes constitutivas de posiciones superadoras.

La dimensión histórica de todo el conocimiento social, y porque no decirlo de las más importantes teorías naturales como son aquellas que refieren al origen del universo, a la evolución de los organismos vivos y a la vida de nuestro planeta, hace que la pregunta por el conocimiento histórico no sea una interrogación ociosa – usando los términos del epígrafe nietzscheano- sino esencial en la reflexión epistemológica.

Habiendo realizado estas breves disquisiciones que anticipan el objetivo del trabajo, me dedicaré a repasar las polémicas surgidas en las distintas posiciones historiográficas respecto al contenido, al método y al estilo, tomando estos puntos de diferenciación mentados por Stone(2) como organizadores.

EL CONTENIDO DE LA HISTORIA

En un primer nivel de análisis, se nos presenta una antinomia respecto al contenido que es, quizás, la más sencilla de resolver. La misma está dada respecto al criterio que se aplica para la selección de la unidad de análisis en los estudios históricos. Encontramos así, por un lado, la tesis de la historia centrada en individuos que son los que desenvuelven su accionar en el tiempo, son los sujetos de la historia, son quienes, en definitiva, hacen la historia. En el decir de Stone, es la jerarquización del hombre por sobre sus circunstancias.(3)

Las posiciones que priorizan la reconstrucción del pasado centrada en figuras, tienen en sí una finalidad ejemplar y conciben a la historia como el conocimiento del accionar de destacados personajes. Son los representantes del tradicionalismo o conservadurismo quienes privilegian esta visión de “una historia hecha de grandeza y miseria, de heroísmo y maldad, de acontecimientos protagonizados por hombres y mujeres extraordinarios más que por fuerzas sociales impersonales.”(4)

Pero, enfrentándose a esta posición, oímos decir a Bloch y a Febvre que la historia tiene por objeto “las sociedades en el tiempo”. Avanzando en esta conceptualización, Braudel sostiene la inexistencia de individuos aislados. Todo ente individual o hecho es el entrecruzamiento de una relación. El individuo es una abstracción o, dicho de mejor modo, una sobredeterminación resultante de un entramado de relaciones.(5) También podemos adicionar las palabras de Vovelle, que manifiesta respecto a los individuos, que los mismos son sólo portavoces representativos en el seno de grupos o constelaciones políticas o ideológicas.(6) La historia se dirige entonces a apresar, primordialmente, las realidades sociales, entendiendo como tales a “las formas amplias de la vida colectiva: las economías, las instituciones, las arquitecturas sociales y, por último (y sobre todo) las civilizaciones”.(7)

Es obvio que en ambas posiciones se debe reconocer la existencia del otro término aunque sea como secundario. Las realidades sociales están compuestas por hombres y los individuos existen en un mundo y con los otros. La diferencia de posición es así una cuestión gestáltica de cual aspecto se conforma en figura y

cuál en fondo. Pato o conejo, copa o perfil, se definen por un problema perceptual. Pero, la percepción histórica o dicho con propiedad, la perspectiva del historiador se selecciona por valoraciones teóricas o políticas.

Idéntica contraposición podemos referirla al análisis de la propia producción de los historiadores. Encontramos entonces la encrucijada de pensar la ciencia como resultado de individualidades geniales o del trabajo conjunto e institucionalizado de una "comunidad científica". Así se puede, por una parte, diseñar una historia de la historia jalonada por nombres desde Von Ranke a cualquier posmoderno, o por la otra, compartir la visión de De Certeau(8) que postula las prácticas disciplinares ligadas genéticamente a la creación de grupos. La epistemología más actualizada, desde Popper hasta los post-positivistas, ha incorporado la idea de "comunidad científica" en el lugar del productor de los conocimientos, lo cual hace del centramiento individual un planteo perimido.

Si existe, hoy por hoy, consenso en que los estudios históricos son colectivos, institucionalizados, ¿cómo justificar entonces que en su referente se omita este hecho y se trabaje sobre individuos o hechos descollantes aislándolos del contexto que los delimita?. Dejo planteada la inconsistencia, y sólo anticipo que una respuesta a la misma podría estar dada desde la sociología del conocimiento o desde la crítica ideológica, cuestión que no interesa abordar en este momento.

Otra forma de presentación de la misma contraposición que estamos desarrollando sería la discusión entre acontecimientos y estructura. La historia acontecimental, tal como la define Furet(9), "se funda, ante todo, en la idea que esos acontecimientos son únicos e imposibles de integrar en una distribución estadística, y que este acontecimiento *único* es el material por excelencia de la historia." Esta visión atomística de lo existente queda cuestionada si la perspectiva se centra en las condiciones y relaciones que determinan a todo hecho y que lo transforman en un proceso dinámico, móvil y relacionado más que en objeto estático y separable.

Es casi inexplicable que la historia se haya erigido en defensora de posiciones filosóficas que, en definitiva, la terminan negando. Si en la función analítica se deja de lado la génesis y la contextualización de los hechos a estudiar, queda desterrada la historia como posibilidad crítica en el campo del saber.

Salvo, que se introduzca un sentido teleológico suprahistórico, que permita hilvanar los acontecimientos.

Lamentablemente no fueron los historiadores los que se convirtieron en abanderados de la lucha contra el reduccionismo empiricista, en todo aquello que pecaba por exceso de cientificidad y ahistoricidad. Pero, al momento actual, poco queda de hegemónico en aquella cosmovisión que impregnara todos los estudios disciplinares. Casi se ha generalizado la exigencia de articulación entre la singularidad aleatoria de los acontecimientos y las regularidades de las series temporales de las estructuras.

Ahora bien, en el campo de los trabajos históricos, plegándose a cierta moda posmoderna, irrumpe en las últimas décadas una nueva preocupación por los hechos, por lo singular. Paul Veyne reivindica el trabajo con "el hecho", entendiendo bajo este concepto "lo diferente". Es decir, la historia no tematizaría los

comportamientos similares o las formas estructurales sino las diferencias, las excepciones, las relatividades.

Surge así una nueva dicotomía entre diferencia y homogeneidad. A una historia dedicada a la elaboración de largas series de datos uniformes y comparables, se enfrenta el rescate de lo extraordinario. Si bien es cierto que las historias cuantitativas habían exagerado el aspecto homogeneizador en desmedro de la cualidad, esto no fue común denominador en las prácticas holísticas, las cuales, por otra parte, favorecerían en sí mismas el contraste de lo excepcional, de lo diferente, de lo anómalo. Sólo por el análisis de las estructuras económicas, políticas o culturales puede resultar significativo y llamativo el comportamiento disímil de coyunturas regionales.(10) Es sobre el fondo casi homogéneo de las estructuras en donde se destaca el hecho relevante, el acontecimiento extraordinario, el individuo diferente, la ruptura epocal.

Además, caracterizar el análisis estructural u holístico como homogeneizador sólo cobra sentido en ciertas formas de estructuralismo ahistórico, como el de Levi-Strauss. Es útil recordar que en otras posiciones, tal como el materialismo histórico, los sistemas son en sí contradictorios, conflictivos, en su mismo núcleo. Ignorar estas diferencias entre distintas formas de concebir los sistemas es una contradicción mucho más flagrante en aquellos que postulan como principio la defensa de las diferencias en el transcurrir de la historia.

Para finalizar con el tratamiento de las antinomias individuo-sociedad, hecho-estructura, homogeneidad-diferencia, que aparecen en movimiento de flujo y reflujo en la concreción práctica de los estudios históricos, podemos decir que el énfasis puesto en un solo término solo es resultado de la reducción ficticia de la complejidad de lo real. Una visión atomística de los hechos individuales se hace difícil de sostener en el estado de evolución de los conocimientos científicos y metacientíficos. A su vez, una priorización de las totalidades separadas de los componentes, daría lugar a una abstracción idealista. El problema del contenido de los estudios históricos no se resuelve en sostener un término en desmedro del otro, sino en encontrar el punto de convergencia entre lo universal y lo singular.

Caracteriza a los trabajos que hicieron época en el transcurrir de la historia de la historia, esta condición. Podemos recordar, a título de ejemplo, el trabajo de Pierre Vilar sobre el Quijote(11), en el cuál destaca los valores únicos y universales de la obra de Cervantes. Señala la condición de ser un producto de determinada época, pero perfila, simultáneamente, líneas que sirven a la descripción de fenómenos similares. Desmenuza el clima de España en un momento determinado, a la vez que permite explicar la situación en otros lugares y otros tiempos. El Quijote y el sistema, los hechos narrados y la estructura, lo diferente y lo similar se entrecruzan en el texto para hacer comprensible la racionalidad y la contingencia de la historia. Esta es la antinomia que subyace en todas las polémicas presentadas y que no se resuelve, tal como se manifestó anteriormente, por la negación de un término. Como decía Merleau-Ponty(12), la historia es racionalidad y contingencia en tensión. Sólo la racionalidad puede explicar la sucesión de acontecimientos y sólo la contingencia permite valorar los mismos en términos políticos.

Una última discusión respecto al contenido de la historia es la que se presenta respecto a la priorización de algunos capítulos. Se polemiza entonces sobre la jerarquía de la historia económica, política, social, de las mentalidades, de la cultura, etc.

En realidad, si retomamos la definición de historia como estudio de las sociedades en el tiempo, puede ser muy útil, como categoría analítica, la noción de “formación histórico-social”(13). Este concepto menta a la unidad compleja y temporo-espacial de las instancias económica, política e ideológica. Por lo tanto, la historia es historia del todo social social, y debe articular las esferas de la historia económica, de la historia política y de la historia de la cultura o de las mentalidades como formas de la historia ideológica. Si seguimos con el razonamiento de Marx, en este todo complejo hay predominio, en última instancia, de la esfera económica. Pero no se trata de una causalidad lineal sino de relaciones múltiples y contradictorias, lo que hace imprescindible, para el trabajo del historiador, cubrir todos y cada uno de estos sectores en su propio dinamismo y movimiento. La discusión no es entonces cual capítulo es más importante, sino como complementar cada uno de ellos articulándolo con los restantes, tarea difícil teniendo en cuenta el ritmo disonante de su temporalidad.

Frente a la historia fragmentaria y “en migajas”(14), hay que retener la pretensión totalizante de la historia sin más, a secas, como la denomina Pierre Vilar. No porque se pueda “decir todo de todo”, sino porque no debe perderse la idea regulativa o el horizonte significativo de la totalidad para evitar caer en el detallismo, la pigmeización y el relativismo de los especialistas, lo cual contribuye a la expulsión definitiva de la historia del campo de la actividad científica.

EL MÉTODO EN LA HISTORIA

La disputa del método en la historia revive la famosa dicotomía que se popularizara en la denominación del libro de Charles Snow, *Las dos culturas*(15). Esta escisión decimonónica entre el método de las ciencias físicas, explicativo, analítico y generalizante, y el de las ciencias históricas, comprensivo, descriptivo e individualizante, recorre toda la escuela historicista alemana, el neokantismo de Baden y atraviesa nuestro siglo con la hermenéutica filosófica, tradición heredera del diltheyanismo.

En el campo de los estudios históricos no se hace otra cosa que retomar algunos postulados de esta tradición, como forma de resistir a aquellos otros que, convencidos del dominio positivista, se adecuan a la exigencia normativa de la unidad metodológica de las ciencias. Y es en esta oposición que se reivindica para la historia una especificidad metodológica fundamentada en la disímil función que a ella se le adjudica respecto a la realidad: descripción de hechos individuales sin pretensión de sentar hipótesis o leyes generales que expliquen los mismos. Resuena en esta disyuntiva la famosa división de Windelband entre ciencias ideográficas y ciencias nomotéticas.

Hay otro aspecto, quizás menos conocido, para reivindicar el papel de la comprensión en la ciencia histórica que es la captación de la totalidad como referente

del círculo hermeneúico. La comprensión del significado difiere estructuralmente del método cognitivo de las ciencias analíticas. No se avanza de una cosa a otra y luego a la siguiente para abstraer lo general, sino que el hecho, suceso, acontecimiento cobra sentido dentro de una totalidad. Esta no es, obviamente, el todo consumado de la historia transcurrida hasta el momento actual, sino un significado central.

Así, un recorrido por las producciones teóricas descollantes en la historia de la historia, pronto hace decaer la modesta pretensión, los límites instaurados entre métodos alternativos. En las investigaciones vemos un contrapunto constante de explicación y comprensión, de análisis y descripciones, de hipótesis generales, cuasi-generales o estocásticas frente a enunciados de sucesos singulares o acontecimientos. Los procedimientos para desentrañar el sentido de un suceso histórico a partir de textos y otros testimonios, es una tarea en donde la interpretación se complementa con el análisis semiótico, discursivo, y no sólo con la simpatía psicologista. Podemos mencionar como otro ejemplo la minuciosa descripción de comportamientos de los grupos sociales en la Francia revolucionaria que hace Furet(16), pero que remiten en un ida y vuelta constante a hipótesis teóricas de existencia de clases, de relaciones de dominio entre las mismas, de delimitación en su accionar por las esferas económica y política, etc. Es más, es justamente en el campo explicativo que se desarrolla la polémica con Albert Soboul, intención principal en la redacción del estudio.

Es cierto que la fuerte y restrictiva exigencia del neopositivismo de considerar al modelo hempeliano de la explicación nomológico-deductiva como arquetipo único para el conjunto de las ciencias, pecaba de estrechez teórica. Al día de hoy, sin embargo, la epistemología ha definido otros modelos explicativos mucho más conveniente y mucho de ellos frecuentemente usados en el campo histórico.

Podemos mencionar en primer lugar a la explicación genética que consiste en tratar de apresar un hecho histórico señalando la sucesión de hechos anteriores, encadenándolos de tal manera que indiquen un proceso cuyo final consiste, precisamente, en el acontecimiento que queremos explicar. Es decir, el suceso se hace inteligible en virtud del proceso y de las conexiones encontradas. Sin embargo, el descubrir cuáles hechos son importantes para la explicación genética requiere explicitar un criterio que indique como se seleccionaran, de la infinidad de hechos históricos, aquellos pertinentes para la exégesis y justificar el orden de las conexiones planteadas. Esto hace que la explicación genética se complemente con la explicación parcial o con la explicación potencial.

Se denomina explicación parcial a aquella que explica no de manera rigurosa la necesidad de un hecho, sino más bien las razones por las cuales debió haber sucedido algo similar. Por ejemplo, es posible explicar la Revolución Francesa deduciéndola de datos históricos previos y de algunas regularidades económicas, políticas y sociales que permiten entender el comportamiento del estado en ese tiempo y en esas condiciones. Pero, con exactitud, todos esos antecedentes sólo permiten justificar que algún cambio violento de estructuras sociopolíticas debiera producirse tarde o temprano y no la ineluctabilidad del acontecimiento en sí mismo. Es por eso que no hay lugar para la predicción en el terreno de la historia, ya que no

puede deducirse necesariamente la efectiva concreción de todos los aspectos de un acontecimiento ubicándolo de manera exacta en las coordenadas espacio-temporales. Sólo se puede enunciar que algo similar puede acontecer.

Un último tipo de explicación que complementa el trabajo del historiador lo podemos encontrar en la explicación potencial. Así se denomina al modelo que utiliza datos que tienen el carácter de hipotéticos. Esto ocurre cuando hay que buscar la explicación de un suceso y no hay manera de contar con los datos que permitan reconstruirlo. Entonces se suponen las condiciones que determinan su aparición, al igual que se supone que no tenía frenos el vehículo que protagonizó un accidente. Esta función heurística permite entonces otra investigación para tratar de probar la validez de los datos postulados. La explicación basada en datos supuestos que permite, finalmente, transformarlos en datos probados se denomina explicación potencial.

En el trabajo histórico se combinan estos tipos de explicaciones. La contextualización de hechos y acontecimientos, la investigación de las condiciones que los generan, la reconstrucción de los aspectos que los circunscriben son imposibles con la mera actividad descriptiva empiricista, sino que implican siempre la existencia o posesión de categorías generales explicativas que permiten la aprehensión significativa del dato. Una historia que se reduzca a la descripción de sucesos individuales o inclusive a la mera explicación causal de los acontecimientos sólo tiene un valor retrospectivo. Los conocimientos de ese tipo no se prestan a ser utilizados en la práctica de la vida, en la práctica ética-política.

Obligar a elegir entre explicación o comprensión, análisis o descripción, es centrar la disputa en aspectos secundarios. Todas estas actividades intelectuales deben ser organizadas para capturar el discurrir de "las sociedades en el tiempo". Hay que comprender las individualidades y lo acontecimental pero tratar, a la vez, de analizarlos y explicarlos desde hipótesis teóricas económicas, políticas y sociales que corresponde que sean explicitadas. La disyunción no es excluyente. Es más, al día de hoy el reduccionismo metodológico, e inclusive ontológico, de la tradición positivista ha sido expulsado, inclusive del campo de las ciencias físicas, ya que distintas posiciones epistemológicas han aceptado la presencia de la actividad interpretativa en el tratamiento de los hechos y en la utilización del lenguaje.

En el fondo, la verdadera discrepancia se presenta en entender la reconstrucción histórica de los acontecimientos del pasado como una tarea ilustrada y academicista; conmemorativa y desvinculada del presente, o pensar la tarea histórica como una praxis política crítica o conservadora de acuerdo a si sus instrumentos de investigación son puestos al servicio de las instituciones existentes o si son empleados en la dirección de su modificación o destrucción. Toda historia es así, historia política y todo método debe incorporar la dialéctica entre concreto y abstracto, entre comprensión y explicación, entre teoría y praxis.

EL ESTILO DE LA HISTORIA

Poco queda por decir ya, puesto que la forma es casi una consecuencia del contenido y del método. De todos modos, Stone contrapone un estilo narrativo,

acorde con la historia centrada en individuos y con la descripción comprensivista, al estilo analítico que es resultado de la explicación de series o estructuras. La narrativa se distingue por ser una forma expositiva neutra centrada en un tema o argumento. Al decir de Aristóteles, se recorre el principio, el medio y el fin atendiendo a una trama simple y cuasi lineal.

Pero, ya vimos que los sucesos están entrelazados con otros sucesos, los individuos con grupos e instituciones, lo económico con lo político e ideológico. Asimismo, no basta la comprensión como método sino que la misma es posible, incluso, por la existencia de conceptualizaciones teóricas o categorías abstractas que permiten capturar las determinaciones de lo histórico.

Es innegable que la narración es un estilo apropiado para la reconstrucción de los acontecimientos, pero en la misma no puede excluirse la analiticidad que permita ir justificando esa propia senda trazada. Caso contrario sería recluir a la historia en el campo de la literatura. Para Huxley(17), el objeto de la literatura es “el mundo en que los hombres son engendrados, en el que viven y en el que, al fin, mueren; el mundo en el que aman y odian, en el que triunfan o se les humilla, en el que se desesperan o dan vuelo a sus esperanzas; el mundo de las penas y de las alegrías, de la locura y del sentido común, de la estupidez, la hipocresía y la sabiduría; el mundo de toda suerte de presión social y de pulsión individual, de la discordia entre la pasión y la razón, del instinto y de las convenciones, del lenguaje común y de los sentimientos y sensaciones para los que no tenemos palabras.” Este no es otro que el mundo que también comparte la historia en su narración, pero al que también intenta dar una explicación que exceda el mito.

Y, lo que es más significativo aún, la reconstrucción implica también crítica y, como tal no puede ser neutral. El estilo depende, entonces, de una toma de posición por parte del emisor del discurso que sabe que, muchas veces la forma distorsiona, desdibuja y convence tanto o más que el contenido.

La discusión de estilo entre narrativa y analiticidad es también secundaria como la del método. En realidad el estilo debe estar al servicio de una socialización cognoscitiva y, en todo caso, se define en base al público y a los objetivos que se prioricen. Si la idea es transmitir a la comunidad científica en términos esotéricos o si la meta se define por poner al alcance de distintos sectores una visión crítica sobre la historia, esto hará variar significativamente el discurso. Pero, aún más se notará la mutación si la intención es la de conservar las instituciones vigentes a través de la lectura histórica o si ésta última contribuye al argumento de la necesidad de cambio.

UNA BREVE RECAPITULACIÓN

La intención de este recorrido por algunas polémicas que se presentan en el campo histórico fue mostrar cómo muchas de las disyuntivas planteadas significaron posiciones excluyentes que pueden ser resignificadas como complementarias en visiones historiográficas no tan reductivas, sino que parten de lo compleja que es la realidad. Sin caer en el eclecticismo, se puede pensar, hacer y escribir la historia reflejando lo que es: una permanente tensión entre estructuras y acontecimientos,

entre comprensión y explicación, entre narración y análisis, que no hacen más que reflejar el problema filosófico fundamental de contradicción entre la contingencia y la racionalidad, entre la unidad y la diversidad.

Pero, además de disolver estas polémicas en una síntesis superadora, es importante no perder de vista la centralidad de la política, en la historia. Si bien en la reconstrucción del pasado hay que entrecruzar la historia económica, la historia política y la historia ideológica (cultural, religiosa, mentalidades, artística y, en definitiva, filosófica), la función crítica de esta reconstrucción está signada por la política. No existe pensamiento desinteresado, sino que todo conocimiento se conforma legitimando las condiciones de su producción o proponiendo cambios en las mismas. La lectura histórica no puede eludir el presente y sigue siendo hija de su tiempo y vástago de su patria, como dice Hans-Georg Gadamer. Pero, además, es su función política lo que conforma el centro creador de sentido de toda la cadena de reconstrucciones, de todos los ensamblajes de estructuras, del sentido de la totalidad. Desde esta visión puede afirmarse la prioridad de la historia política, no como reconstrucción de los hechos coyunturales del pasado sino como apropiación de los capítulos históricos para una praxis actual.

NOTAS

- 1) Si tomamos, a manera de ejemplificación, la posición de Paul Veyne, la función meramente conceptualizadora de la historia, la deja fuera de la consideración de ciencia. Cfr. "La historia conceptualizante" en LE GOFF, J. Y P. NORA: *Hacer la historia*, Vol. I, Barcelona, Laia, 1984, pag. 75
- 2) STONE, Lawrence: *El pasado y el presente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pag. 96.
- 3) *Ibid.*, pag. 95.
- 4) La cita corresponde a Gertrud Himmerlfarb, señalada por Fontana como una "notoria defensora del conservadurismo". En "Perspectivas actuales de la historia", conferencia pronunciada por Josep Fontana en la Universidad de La Rábida, Septiembre de 1998, (mimeo).
- 5) BRAUDEL, Fernand: "Las responsabilidades de la historia" en *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 1968, pag.26.
- 6) VOVELLE, Michel: *Introducción ala historia de la Revolución Francesa*, Barcelona, Crítica, 1981, pag.101.
- 7) BRAUDEL, Fernand: *op. cit.* pag. 29.
- 8) DE CERTEAU, Michel: "La operación histórica" en LE GOFF, J. Y P. NORA: *op.cit.*, pag. 20 y 21.
- 9) FURET, François: "Lo cuantitativo en historia" en LE GOFF, J. Y P. NORA: *op.cit.*, pag. 67.
- 10) Cfr. el contraste en Francia en el s.XVII entre el *Beauvaisis* de Gourbet, empobrecido por la recesión económica y la regresión demográfica, y la *Provence* de Baehrel, que muestra un comportamiento diferente.
- 11) VILAR, Pierre: "El tiempo del Quijote" en *Crecimiento y desarrollo*, Barcelona, Ariel, 1974.

- 12) MERLEAU-PONTY, Maurice: *Humanismo y terror*, Buenos Aires, Leviatán, 1956, pag. 44 y ss.
- 13) Se toma este concepto tal como aparece en Marx, para designar el real concreto determinado espacio-temporalmente.
- 14) Cfr. DOSSE, François: *L'histoire en miettes: des Annales a la nouvelle histoire*, Paris, La Découverte, 1987
- 15) En 1959 Snow publicó *Las dos culturas*, texto que reavivó la polémica historicista contraponiendo, en este caso, literatura y ciencias naturales.
- 16) FURET, François: *Pensar la Revolución Francesa*, Barcelona, Ed. Petrel, 1980.
- 17) HUXLEY, Aldous: *Literatura y ciencia*, Barcelona, Edhasa, 1964, pag. 15.

BIBLIOGRAFÍA

BRAUDEL, F (1968) "Las responsabilidades de la historia" en *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza.

DE CERTEAU, M La operación histórica. En LE GOFF, J. Y P. NORA: op.cit.

DOSSE, F (1987) *L'histoire en miettes: des Annales a la nouvelle histoire*, Paris, La Découverte.

FONTANA, J (1998) "Perspectivas actuales de la historia", conferencia pronunciada en la Universidad de La Rábida (mimeo).

FURET, F Lo cuantitativo en historia En LE GOFF, J. Y P. NORA: op.cit.

FURET, F (1980) *Pensar la Revolución Francesa*, Barcelona, Ed. Petrel.

HUXLEY, A (1964) *Literatura y ciencia*, Barcelona, Edhasa.

MERLEAU-PONTY, M (1956) *Humanismo y terror*, Buenos Aires, Leviatán.

STONE, L (1986) *El pasado y el presente*, México, Fondo de Cultura Económica.

VIENE, P (1984) "La historia conceptualizante" en LE GOFF, J. Y P. NORA: *Hacer la historia*, Vol. I, Barcelona, Laia.

VILAR, P (1974) *El tiempo del Quijote En Crecimiento y desarrollo*, Barcelona, Ariel.

VOVELLE, M (1981) *Introducción ala historia de la Revolución Francesa*, Barcelona, Crítica.